

ENTRE PARENTESIS

Nov 11/34

RESTAURACION

Por Rafael Suárez Solís

II

Repitámoslo. El adorno de la Plaza de la Catedral no debe buscarse por catálogo, que era lo pretendido por los partidarios de trasladar allí el monumento de la Alameda de Paula. El adorno ha de "resultar" de una función, del uso—la utilidad—que de la plaza se haga. En este caso preciso ser un rango, un prestigio, una elegancia, un algo espiritual: el alma misma de la cosa. Darle alma—un alma histórica, espíritu de documento—es lo que se persigue al restaurar el sitio. Porque el alma es siempre la consecuencia—como la emanación—de un organismo que funciona.

Tratándose de un trozo urbano, pero cuya urbanidad pertenece estéticamente al pasado, no se le puede instaurar a la plaza un alma moderna, una actividad de hoy. Sin embargo, es imposible también encerrarla absolutamente en el pasado, hacerla, como un museo hermético, sólo accesible por invitaciones especiales. Ha de ser, paradójicamente, una plaza de ayer abierta al tráfico de hoy; bien entendido que el tráfico no ha de ser tal—"negocio, comercio"—, sino lo otro menos materialmente interesado: tránsito, "paso, lugar de parada en un viaje, etapa, discurso"; y todavía en una acepción mejor por más poética, "muerte santa". Aquello debe vivir en olor de santidad.

Como se ve, no es necesario extremar las preocupaciones restauradoras. Ello quiere decir que no se persigue volver a colocar exactamente cada cosa en su sitio original, y darle a cada cosa su primitivo cargo. No es el detalle, por consiguiente lo que importa; sino el porte, el empaque, el aspecto, lo crónico. A lo mejor le viene bien a la plaza algo que no tuvo en época alguna, y menos en el tiempo natalicio. Por ejemplo, esas palomas ya "acordadas". Un crítico religioso nos dirá que las palomas en la Plaza de la Catedral no se consignan en ninguna referencia del pasado. Y también se dirá, con cargo al miedo a las imitaciones, que eso resultaría una copia y hasta un extranjerismo.

Pues bien; yo soy partidario de las palomas en la Plaza de la Catedral. Ya en otras ocasiones, hace años, abogué por esa introducción. (Llámesese intromisión si eso le gusta a la exactitud quisquillosa.) Las palomas ayudarían a conseguir ese rango de alma que estamos persiguiendo para la plaza. Es un ave con misión simbólica. Tiene espiritualidad; presta melancolía. Por algo representa el Espíritu Santo. Para decir que el Verbo se hace Carne se dibuja una paloma. Las palomas en la Plaza de la Catedral nos dirán que la Carne—la resurrección de lo material histórico—se alza en un vuelo para volver a ser Verbo: espíritu. Allí se irá de tránsito, de paso; haremos una parada en el trajín de la vida; discurriremos, y también moriremos un poco, santamente: en olor de santidad, como se hace siempre en la vida cuando agonizamos en un recuerdo.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Por eso, en cuanto tuve oportunidad—y ella me la brindó Chacón y Calvo al proponerme para la dirección de la Sala Permanente de Pintura y Escultura: primer paso para el establecimiento de un museo de arte moderno—lo primero que se me ocurrió fué pensar en uno de los palacios de la plaza para instalar allí la exposición ya en marcha. La suerte—creo que es una suerte—me deparó los salones del piso principal del palacio que fué de los marqueses de Aguas Claras. Suena bien todo esto, ¿verdad? He aquí que el tránsito por la plaza—y aun la estancia—tendrá una misión espiritual. El arte es siempre digna de un lugar de recogimiento(de un ambiente con alma: de un alma que sea el ambiente natural de la emoción. Y no nos vengan con que lo pactado es una exposición y un museo de arte moderno. Sería cosa de explicar que lo moderno en este caso no define un estilo artístico determinado. Se dice moderna la obra hecha hoy, además de darle al hoy en cuestión un espacio de tiempo que bien acepta ua duración secular. En otros países donde el arte se clasifica con mayores exigencias temporales, dada la gran intensidad y diversidad de las actividades, se entiende por moderna toda obra de arte nacida ya en los principios del siglo XIX. En Madrid, por ejemplo, en el Museo de Arte Moderno exhiben las obras posteriores a las de Goya, y aún algunas de las de Goya mismo. Goya está así en el Museo Moderno y en Antiguo—el del Prado—. Es como una frontera en la historia de las épocas artísticas.

En Cuba se pueden ir recogiendo con destino al museo moderno los lienzos y las esculturas de los artistas de la pasada centuria, y adquiriendo, especialmente, los de los artistas de hoy; bastantes de ellos muy dignos de merecer la estimación oficial; base, cuando bien se practica, para obligar a que se les dispense la estimación del público.

Aquí pudieran reproducirse las previstas objeciones de los suspicaces y los remilgoos. Advertirán que ese museo mejor buscaba alojamiento en el tráfico de la ciudad moderna. Y no. El arte supone, exige recogimiento. De cierto, el arte no tiene edad, y en cambio presupone eternidad. ¿Y no es el sentido de eternidad lo que se persigue al restaurar la Plaza de la Catedral? A una exposición de pintura no se va como a una feria, y menos de vanidades. La vanidad y lo ferial se quedan fuera. Es eso que no puede introducirse en el recinto de las artes; porque las artes son ya en sí mismas, por sí mismas, evasión, desinterés, pureza; estado de gracia. Verbo.

Museos en los palacios de la plaza. Y en la plaza, como una emanación, como la consecuencia funcional de un arganismo histórico así formado, el vuelo de las palomas. La Carne que se ha hecho Espíritu.

Alonso
nov. 11/34

